

# MONÓLOGO DE UN CARPINTERO

Daniel Nelson

¿Qué he hecho? ¿Qué he hecho? Lo aseguro, no he hecho algo de lo que tenga que avergonzarme. Hice mi trabajo, eso es todo. Lo hice como me lo pidieron, y lo hice bien.

Como mi padre, y como su padre antes de él, yo soy carpintero, un buen carpintero. Es una profesión honorable. He hecho tantas cosas, que la gente de este pueblo ya ni las nota.

Cosas para que se sienten, se acuesten, para que coman. . . Incluso he hecho cosas en las cuales mueren. Como son tan cotidianas, ¡ya ni las toman en cuenta!

Tampoco yo debo pensar en ellas; una vez que entrego y cobro mi trabajo, ya no debo pensar más en él. ¿Debo preocuparme por qué se tiene que sentar alguien en el banco que yo he hecho? ¿Debo desvelarme pensando si el día de mañana será sana la comida que depositarán sobre las mesas que hago? No, no puedo hacer esto.

Aunque realmente, me inquieté mucho el día que ese soldado romano me ordenó ese nuevo trabajo. Pero es que despreciaba más al criminal sentenciado a tal clase de muerte que a la tarea que me encargó. ¡Y el oro de los romanos es tan bueno como cualquier otro!

Y cuando vi mi obra levantarse en esas colinas... aunque requirió mucho esfuerzo de mi parte, pude sofocar los sentimientos que empezaban a surgir en mí.

¿Por qué, entonces, es diferente esta vez?

No conocía a ninguno de los hombres que murieron en las cruces en el Gólgota ese día.

Sólo sabía que uno fue el maestro del cual tanto me habían hablado...

¿Quién soy yo para juzgar si los crímenes de estos hombres eran lo suficientemente perversos como para merecer esa muerte tan tortuosa? Dejo ese trabajo a Roma. A mí sólo me corresponde encontrar un árbol fuerte del cual pueda obtener las vigas cruzadas que aguanten los cuerpos molidos a golpes. Deben ser vigas que soporten su peso en lo alto para que todos puedan ver la vergüenza de su pecado.

Dicen que el maestro también era carpintero. Era un hombre como yo. ¿Será por eso que mi alma no puede descansar? No. Nadie lo puede saber. Tal vez docenas de carpinteros ya han sido estirados sobre el trabajo de mis manos...

Mis manos...

He usado estas manos, seguramente como él uso las suyas, para obtener algo útil de la nada. Lo que estaba muerto recibió nueva vida, como el tronco viejo que se convirtió en la banquita donde una madre amamanta a su hijo. He tallado y unido viejas piezas de madera hasta formar una caja hermosa que guarda un tesoro adentro.

Con estas manos, muchas veces he cortado y martillado... y martillado...

Con un martillo clavan las manos del crucificado. ¡Y los pies!

Me pregunto, ¿ese hombre hubiera continuado su trabajo como carpintero si hubiera sabido que iba a morir así?

¿Pero qué podía yo hacer? ¿No fueron ellos quienes decidieron cometer sus crímenes?

Yo no coloqué a ningún hombre en la cruz; ni fue mi ofensa la razón de que terminaran allí, colgados...

Pero aun así, ¿en cuántas maneras somos iguales? Teníamos el mismo oficio, él y yo. Pero yo puedo seguir con mi trabajo, mientras él está colgado en mi cruz.

Desconozco a ese hombre. Nunca averigüé qué hizo para recibir tal castigo.

Pero esto sé: ya no puedo seguir con este trabajo.

Les diré a los romanos que tienen que buscar a otra persona para hacer sus instrumentos de muerte.

Yo hice la tarea que me asignaron... y ahora... consumado es.